

EL MUNDO DE JUAN EN *PEDRO PÁRAMO* DE RULFO

YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ
El Colegio de México

La posibilidad de un tiempo histórico liberado supone, en *Pedro Páramo*,¹ la inmersión de Juan Preciado en el sentido último del mundo de su padre. Juan parece ser la más alta proyección legítima de ese tiempo.² A su vez, futuro de ese pasado y presente de la historia, el personaje inicia el camino regresivo de la búsqueda y se desplaza hacia el centro simbólico de las transformaciones.

Juan reproduce el modelo de desplazamiento trazado antes por Susana San Juan (Cf. nota 2). Va de *adentro* (Comala), *afuera* (Sayula) y nuevamente *adentro*, como ella debió desplazarse (de *adentro*, *afuera*) en la temprana adolescencia para finalmente regresar (*adentro*) y liberar la superficie de la tierra, provocando la destrucción de Pedro Páramo, su centro de despedazamiento.³

1. Utilizo las siguientes ediciones de los textos de Rulfo: *Pedro Páramo*, 2ª ed. revisada por el autor, Fondo de Cultura Económica, México, 1981 (Col. Popular, 58). Considero que es la más cuidadosa en la separación de los fragmentos. *El llano en llamas y otros cuentos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953 (Col. Letras mexicanas, 11).

2. Aunque el matrimonio de Dolores Preciado y de Pedro Páramo es producto de la ambición desmedida del cacique de la Media Luna, legítima a Juan Preciado ante la ley como su único hijo. Pero la verdadera legitimidad de Juan es más bien del orden del espíritu y por vía materna, así como la de Miguel Páramo procede del padre de quien es su proyección evidente. A diferencia de Pedro Páramo, Dolores decide libremente su matrimonio y decide el destino del hijo. Si por nacimiento Juan debió llamarse Juan Páramo Preciado, en el nuevo orden que se gesta es Juan Preciado. El detalle destaca el sentido que de otra forma quedaría oculto. Lo que importa es que Juan es hijo de mujer y que es el escogido.

3. No obstante Rulfo ha sabido matizar el personaje de tal suerte que es humanamente verosímil. Pedro Páramo asume conscientemente su muerte como pago de sus crímenes pero, en la medida en que él concentra en sí mismo la historia, facilita la destrucción de su mundo; es decir, del sistema de relaciones determinado por su poder absoluto. Sonia L. Mattalía ha sabido ver este proceso de identificación del personaje con su tiempo: «Pedro Páramo no se analiza, solamente recuerda, homologa para dejarse perfilar por su pasado. Lo colectivo, en Pedro Páramo, conduce al anonimato de lo

Simbólicamente, la novela centra la transformación radical de ese pasado en la liberación del incesto fraterno que lo funda. Al romperse la relación incestuosa a la llegada de Juan Preciado, se libera la tierra (recuérdese que sale Donis y la mujer se deshace en lodo), y Juan pasa su muerte y transfiguración como ha ocurrido antes con Susana San Juan (símbolo de la tierra). Ella ha hecho posible la pulverización del «totem epónimo», dueño del clan y de la sangre,⁴ en la medida en que asciende y se transfigura en lo celeste.⁵

Se sugiere que en el camino ascensional, Comala también saldrá de sí misma mediante el proceso de purificación que supone la muerte totalizadora (en la superficie y en el subsuelo) del poder absoluto y sus efectos.

El tiempo de Juan es posible porque, por un lado, el binomio padre-hijo (Pedro Páramo-Miguel, negador de la tierra y de la vida), ha sido substituido por el binomio madre-hijo (Dolores Preciado-Juan). Es el tiempo de la mujer propicio al cambio; tiempo de la madre, que es dueña de las tierras mediadoras (las tierras de Enmedio de Doloritas). Por otro, se ha creado en torno a la tierra el binomio padre-hija (Bartolomé San Juan-Susana).

Los mediadores han sido Dolores Preciado (la madre) y Bartolomé San Juan (el padre), entre quienes no existen lazos de relación, salvo el amor por la tierra. En el nivel simbólico de la escritura se instaura una relación de parentesco espiritual, determinada por el amor solidario, y se establece una filiación telúrica entre los hombres del lugar, garantizada en las bases mismas de la sociedad y de la historia.⁶

En el mundo de Juan, la madre es también mediadora en lo alto, después de su muerte (cf. fragmentos 32-34, pp. 69-73), y gestadora del cambio. Ella saca afuera al hijo y después lo reintegra a su origen. Lo educa para enfrentar la

individual» («Contigüidad de los textos: Juan Rulfo/Malcolm Lowry», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 421-423, 1985, p. 208). Es claro entonces que la acción pulverizadora que carcome a Pedro Páramo pulveriza, simbólicamente, su mundo.

4. Claude Lévi-Strauss comenta esta «identidad sustancial» entre el tótem y el clan, a partir de las hipótesis de E. Durkheim en su trabajo *La prohibición de l'inceste* de 1898. Lo importante es que la concepción de Pedro Páramo responde a esta figura totémica con un poder absoluto sobre los miembros del clan (C. LÉVI-STRAUSS, *Las estructuras elementales de parentesco I*, Ed. Planeta-Artemisa, México, 1985, pp. 54-57 [1ª edición, 1949]). Rulfo ha sabido cuidar un detalle significativo. En las teorías antropológicas esta identidad suele asociarse a un origen mágico-biológico. En *Pedro Páramo* todo parece ser producto de una práctica histórica mercantilizada. Lo espiritual, cuando aparece, se asocia siempre con el nacimiento y la historia de Juan Preciado (el futuro).

5. Susana, el alma de la tierra, tiene carácter simbólico. Está sujeta a cuatro transformaciones que la convierten en principio telúrico, lo cual garantiza, en el origen, la integridad de la tierra (cf. Yvete JIMÉNEZ DE BAEZ, «Juan Rulfo. Del páramo a la esperanza. Estructura y sentido», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVI, 1988, núm. 1, pp. 561-562).

6. En el nivel simbólico, la nueva tríada de la estirpe de Juan (Bartolomé San Juan-Susana San Juan-Juan Preciado) se amplía con la figura mediadora de la madre y se crea la cuaternidad que representa la tierra.

muerte y la historia con una visión paradisíaca centrada en la abundancia de los frutos de la tierra. La voz materna crea un discurso en contrapunto que forma en el hijo la visión de una utopía recuperable. Juan Preciado está educado para *ver* y *oír* los signos positivos del Reino, a partir de la ilusión y el sueño enaltecedores, fincados en un tiempo anterior al despedazamiento. La madre promueve así el advenimiento de un mundo nuevo donde la historia y la tierra podrán recuperar su dimensión trascendente.

Al mismo tiempo, ese nuevo «reino de este mundo» nacerá también del pueblo; de la magnitud desbordante del desamparo de los «hombres del lugar». Por eso se une a Juan un hijo ilegítimo de Pedro Páramo, arriero como los pobladores de esa tierra,⁷ que la conocen minuciosamente, y sirven de enlace con otros espacios en su desplazamiento continuo: Abundio Martínez.⁸

Juan, criado para la trascendencia, es el espíritu que podrá actuar en el submundo por encima del mundo mercantilizado del padre —mundo narcisista y de muerte. Será guiado en el camino al origen por el amor primario a la tierra y las diversas figuras maternas espirituales (Eduviges, Damiana, Dorotea) que la madre convoca para que le orienten y acompañen.

Una hermenéutica de los signos y de los símbolos revela el encuentro fertilizante, en el nuevo origen, entre los signos cristianos y evangélicos, el discurso paradisíaco antípoda del Páramo (paraíso perdido), el modelo utópico de las crónicas de viajes y el discurso de novelas contemporáneas.

La crítica suele asociar el viaje y el mundo de Juan Preciado con los modelos clásicos. Si bien éstos quedan sugeridos, Juan Rulfo, ávido lector de novelas, da a su espacio una proyección mexicana y universal, con textos coetáneos

7. Las crónicas locales —que seguramente conoció Rulfo— permiten reconstruir la historia de la Provincia de Amula (geografía de Pedro Páramo), y específicamente de la fundación de San Gabriel, el pueblo donde se crió Juan Rulfo. Una teoría es que el pueblo —hoy Venustiano Carranza— se fundó hace apenas 200 años con «*arrieros* de Jiquilpan». Otra, sitúa la fundación en 1576, con grupos muy diezmados de otómies («indígenas de Amula») que inician el éxodo después de la desaparición de Amula debida a la pestilencia grande de 1575-1576, en que murieron más de dos millones de naturales, la erupción del volcán de Colima de 1576 y los temblores de 1574. Al desplazarse llevan consigo al Santo Cristo de Amula al que colocan bajo un mezquite en el punto donde se cruzaban los caminos de Tuxcacuesco a Sayula y de Amula a Jiquilpan. A comienzos del «siglo XIX empezó a surgir un San Gabriel diferente, pujante, vigoroso; se fue levantando casi en silencio, como si estuviera despezándose de un largo sueño». Los nuevos pobladores eran, sobre todo, «españoles». Venían huyendo de la persecución y escogen este lugar tranquilo, situado estratégicamente como paso obligado entre Manzanillo y Sayula para llegar a Guadalajara por el Cerro Grande. Este «segundo nacimiento» implica, pues, un cambio demográfico importante. El «progreso» se asocia al mestizaje y a poblador criollo, datos todos pertinentes para la novela y cuentos como «Nos han dado la tierra» y «¡Diles que no me maten!» (Enrique TRUJILLO GONZÁLEZ, *San Gabriel y su historia a través del tiempo*, Kerigma, Guadalajara, 1976, pp. 128, 135, 232 y 233).

8. La escritura es suficientemente ambigua respecto a la condición de Abundio. No hay duda de que él y Juan Preciado forman una cuerda liberadora. Cabe pensar que Abundio «vive» en lo alto de los cerros. Juan Preciado, él y Susana se han desplazado hacia afuera y tienen la fuerza para liberar la tierra. Por mucho tiempo Abundio fue el correo entre el exterior y Comala.

al acto de la escritura, próximos a la cotidianidad, en la que se define pedagógicamente, para nuestro presente, el sentido último de la historia: por ejemplo, los mexicanos Mariano Azuela, Mauricio Magdaleno y José Revueltas, y los extranjeros C. F. Ramuz, Lord Dunsany, John M. Synge y Truman Capote.

IMPORTANCIA DEL HIJO COMO ESPERANZA DE LA HISTORIA

Los textos que de algún modo inciden en la novela, transformados o sujetos a un nuevo sistema de relaciones, se incorporan en función de unos núcleos de sentido que condicionan la escritura. La *tríada familiar escindida* es uno de esos núcleos importantes en la obra de Juan Rulfo, como lo ha sido en muchas de las novelas de la Revolución, hecho que ya he señalado anteriormente.⁹

Al convertir la tríada familiar en el modelo operativo de los textos, se expresa sintéticamente la idea de la interrelación histórica de los hombres, y se define esa relación en términos del hijo.

La escisión de la tríada aísla los binomios padre-hijo (hija); madre-hijo (hija), determinantes de un orden patriarcal o matriarcal respectivamente. La orfandad total casi impide el desarrollo, y convierte al hijo en una criatura descañte (como Macario, los hombres de «Nos han dado la tierra» y Pedro Páramo). Pero, además, los hijos tenderán, o bien a los procesos de hominización y liberación, o bien a los procesos letales y destructivos.

El libro de cuentos de Rulfo mostrará, como la novela, los múltiples callejones sin salida que no permiten restituir la unidad buscada («Macario», «No oyes ladrar los perros»). Sin embargo, el cuento central, «El llano en llamas» indica ya el sentido del hijo como futuro posible y liberador (el hijo del Pichón). También en «Luvina» y *Pedro Páramo*. La mediación es el mundo de la madre.

La búsqueda del equilibrio entre los diversos estratos de la cultura y de la historia es, precisamente, lo que el texto muestra al integrar lo local y lo externo, tanto en el ámbito del país —donde los hijos, Abundio y Juan Preciado, buscan los enlaces necesarios a la integridad de la tierra— como entre el país y «otras voces, otros ámbitos».

En este sentido es fundamental la presencia de una novela contemporánea del mismo nombre, *Otras voces, otros ámbitos* del autor norteamericano Truman Capote. El texto se filtra por la rejilla selectiva del autor, y se incorpora, transformándose, a su imaginario.

9. Cf. Yvette JIMÉNEZ DE BAEZ, «Destrucción de los mitos, ¿posibilidad de la Historia? *El llano en llamas* de Juan Rulfo», versión ampliada de la ponencia del mismo nombre que se presentó en el IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, celebrado en Berlín del 18 al 23 de agosto de 1986, *La Torre. Nueva Época*, II (1988), núm. 5, p. 141 *et passim*. La versión original apareció en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. de Sebastian Neumeister, t. II, Vervuert Verlag, Frankfurt am Main, Berlín, 1989, pp. 577-590.

Por los caminos del sur de los Estados Unidos, en un viaje de regreso al padre para identificarse con su pasado, se desplaza Joel, el pre-adolescente de la novela de Truman Capote.¹⁰ Va de Nueva Orleans a Biloxi (por tren) y luego en ómnibus al mundo simbólico del encuentro con la verdad del origen. Los nombres indican un ritual de pasaje; un mundo de transición: en el café Lucero del Alba de un pequeño poblado, Capilla Paraíso, aguarda Joel el único posible viaje de acceso a Ciudad Mediodía y de ahí al desembarcadero de Los Cráneos (¿sobre el Golfo de México?). La carretera, de pinares desiertos, lo llevará a la región desolada, pantanosa, de ciénagas con plantas «como cadáveres de hombres ahogados» (p. 13). Antes, el conductor del único camión que puede llevarlo, le ha preguntado en el café por su procedencia y el destino de su viaje:

—[...] ¿De dónde eres?

—De Nueva Orleans —respondió—.

—[...] ¿Vas a visitar a algún pariente en Ciudad Mediodía?

El chico asintió:

—A mi padre. Voy a vivir con él (p. 16).

Más adelante, el mismo conductor le pregunta,

—Si tu padre se llama Sansom, ¿Cómo es que tú te llamas Knox?

—[...] Se divorciaron; y mi mamá siempre me llamaba Joel Knox (p. 19).

El ritmo del desplazamiento se marca con el traqueteo de las ruedas del camión Ford de Sam «sobre la ascendente, descendente y curvada carretera de Capilla Paraíso» (p. 20).

En el viaje, desde su punto de salida, han guiado a Joel una carta del padre y figuras maternas que sustituyen a su madre muerta. También en el café una mujer le encomienda como guía a Romeo, un muchacho negro con quien emprende el camino a Los Cráneos: «Los dos caminaban a pasos iguales» (p. 39). Ambos se unen al anciano negro Jesús Fiebre, medio hechicero y mago. La carreta sale lentamente al anochecer, «Romeo corría adelante; dio un fuerte golpe a las ancas del mulo y desapareció» (p. 42). Luego el encuentro confuso con las dos hermanas: «Un poco más tarde un pensamiento relacionado con ellas se convirtió en un eco y se retiró, dejándole en la sospecha de que las chicas eran quizá lo que él imaginó al principio: apariciones» (p. 50).

Al llegar, durante el sueño, se marca el sentido de la caída que supone la entrada a la casa y al mundo del padre: «Cayendo... CAYENDO...! CAYENDO» (p. 53). Una mujer, esposa de su padre, lo ha conducido a su cuarto («Recordó

10. TRUMAN CAPOTE, *Otras voces, otros ámbitos*, trad. de Floreal Mzfa, 2ª edición, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1967 (1ª edición en español, 1950) (Col. Horizonte).

haber entrado en la casa y atravesado, tropezado, un extraño vestíbulo como una alcoba, en el que las paredes cobraban vida con las sombras [...] Miss Amy [...] conduciéndole con sigilo de ladrón por una escalera curva, [...] a lo largo de un segundo corredor, hasta la puerta de ese cuarto. Todo ello en incidentes entrecortados, de sonámbulo» (p. 54). La mujer —tonos grises y blancos, cabellos sin colores, huesos frágiles, cara blanda y estrecha— como una nueva aparición entre sueño y realidad.

Paralelamente, pocos años más tarde Juan Preciado, después de muerta su madre, y a instancias de ella, se desplaza por el suroeste de México, hacia el Pacífico, en busca también de su padre, «un tal Pedro Páramo», «el marido de mi madre». Viene guiado por la ilusión de una nueva esperanza. De Sayula (lugar de luz y de niños que juegan en la calle) va al lugar de los Encuentros donde espera y llega Abundio Martínez, arriero del lugar. Después irá a Comala y de Comala, al submundo. El camino, como el de Capilla Paraíso a Ciudad Mediodía «subía y bajaba»: «Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja» (p. 8). Al encontrarse ambos, ha preguntado Abundio:

—¿Y a qué va usted a Comala, se puede saber?
[...]
—Voy a ver a mi padre —contesté.

Previamente Juan Preciado le había preguntado al arriero:

—¿Conoce un lugar llamado Comala?
—Para allá mismo voy.
Y lo seguí. Fui tras él tratando de emparejarme a su paso [...]. Después los dos íbamos tan pegados que casi nos tocábamos los hombros.
—¿Conoce usted a Pedro Páramo? —le pregunté—.
—Un rencor vivo —me contestó él—.
Y dio un pajuelazo contra los burros, sin necesidad [...] (pp. 9-10).

Juan Preciado habla con «una señora envuelta en su rebozo que desapareció como si no existiera», quien le indica la casa de doña Eduvigés. Ésta última lo espera: «Tenía todo dispuesto [...] haciendo que la siguiera por una larga serie de cuartos oscuros, al parecer desolados. Pero no; porque, en cuanto me acostumbré a la oscuridad y al delgado hilo de luz que nos seguía, vi crecer sombras a ambos lados y sentí que íbamos caminando a través de un angosto pasillo abierto» (p. 16).

Así como Joel suelta amarras para dejarse llevar a ese mundo del padre, («Laxo, como una muñeca de trapo», p. 43),¹¹ así Juan Preciado reacciona ante

11. Más tarde, al acercarse en sueños a la verdad de su padre, sintió «como si todos sus huesos se hubiesen desarticulado, como si sus partes vitales se hubieran desenroscado como el muelle de un

las confidencias reveladoras de Eduviges sobre su madre, ampliando la frase para precisar las sensaciones:

Me sentí en un mundo lejano y me dejé arrastrar. Mi cuerpo que parecía aflojarse, se doblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de trapo (p. 17).

Juan Preciado, único hijo legítimo de Pedro Páramo, ha sido criado por su madre también lejos de su padre, y lleva, como Joel, el apellido materno.

Una vez más el texto asumido presenta un ambiente desolado y pantanoso, con un lugar «al que llegaba la gente y del que desaparecía de la faz de la tierra cuando moría pero no estaba muerta» (p. 139). Por contraste todos los años llega «la feria viajera» con algo de vida y los objetos del progreso exterior. Lo mismo observamos en la Media Luna a la muerte de Susana San Juan y en *Jinetes hacia el mar* de John Millington Synge.

Es pues lo esencial de un mundo decadente asociado al ámbito patriarcal. Puede salirse de él, aunque el centro en *Otras voces, otros ámbitos*, igual que en *Pedro Páramo*, parece condenado al hundimiento sin retorno («Supongo que seguiremos juntos hasta que se hunda la casa, hasta que el jardín crezca y las malezas nos sumerjan en su profundidad», p. 175).

Como Pedro Páramo y Susana San Juan en la infancia, Joel e Isabel (la niña algo tosca, creativa y sensible), se bañan juntos en el agua fresca, pero todo termina con una escaramuza entre ambos (pp. 153-156).

Los paralelismos refuerzan la proximidad de los textos y confirman una vez más la voluntad de Rulfo de apropiarse su presente históricocultural, más que de revitalizar mitos clásicos, aunque no niega sus ecos.

No obstante, Juan Rulfo crea nuevos niveles de significación, y sobre todo, intensifica la dimensión simbólica y trascendente de la escritura, al mismo tiempo que la particulariza en el ámbito y con las voces de su presente histórico.

Joel debe reconocerse en un padre agónico, muerto en vida, por efecto de una violencia enajenada, producto del desamor y la infidelidad. Si bien se clausura un mundo y se anuncia otro, la novela de Truman Capote destaca la liberación más como un hecho individual, propio incluso de la edad del protagonista, que como un hecho social, colectivo. Joel, al final de la novela, «se volvió y miró el estéril azul descendente, contempló al chiquillo que había dejado atrás» (p. 260).

reloj roto» (p. 139). Para George Ronald Freeman esta distensión de los personajes presuponen su concepción como marionetas que están controladas por un poder extenso. «Cuando las ilusiones se desmoronan, dice, las figuras se colapsan como marionetas a quienes se les ha cortado los hilos que las sostienen. Esta acción dramatiza el arquetipo de la Caída» (*Paradise and Fall in Rulfo's «Pedro Páramo»*. *Archetype and Structural Unity*, CIDOC, Cuernavaca, 1970, pp. 3/30-3/31 (Yo traduzco).

Juan Preciado, en cambio, es el hijo designado para liberar el futuro de la historia. Educado en la imagen alta de la abundancia paradisíaca del lugar, ahora desolado; sostenido por la voz de la madre, regresa al espacio cuya liberación hará posible la transfiguración (de la muerte a la nueva vida), y el advenimiento futuro de un nuevo orden.

La búsqueda del padre no supone para Juan un encuentro personal. Conoce su memoria negativa («un rencor vivo» en todos) y los efectos devastadores de la ley absoluta y arbitraria, pero no deberá enfrentarla. En cambio, oirá el enunciado vital de Susana San Juan, los murmullos y sonidos indiferenciados de las almas que buscan redimirse, la queja de las víctimas del pueblo y el testimonio veraz de un ser andrógino carente de ambigüedad y doblez, y que imaginamos más bien frágil, ligeramente humorístico y tierno (criatura angélica menor): Dorotea, Doroteo (don de Dios).

Rulfo ha sabido omitir las descripciones de los personajes, sobre todo de los principales. Los identifica su conducta y su voz, cuando la tienen, o las relaciones que guardan entre sí, primordialmente las que derivan de las estructuras de parentesco y filiación. También los observamos fragmentariamente y por la descripción generalizada que hacen unos de otros. Esto suscita la imaginación del lector; sugiere variaciones, y facilita la creación de mitos o figuras simbólicas (Juan Preciado, Pedro Páramo, Susana San Juan).

Si bien en *Otras voces, otros ámbitos*, a partir del epígrafe, subyace un sustrato religioso que explica la experiencia vicaria, el sentido de la culpa y la expiación, y el mundo ambiguo de la superstición y de la brujería, no considero que éste tenga la fuerza definitiva que tiene en *Pedro Páramo*. Es cierto que el proceso de liberación de Joel (la superación del tiempo contradictorio de la preadolescencia) tiene que ver con el paso de una idea mercantilizada de Dios (p. 69) a la identificación de la verdad con una actitud de vida cristiana («Ahora lo sabía: decir la verdad era una forma cristiana de proceder», p. 138).

Pero el mundo de Juan Preciado está totalmente signado por una concepción evangélica del hombre y de la historia. Juan es paradigmáticamente el hijo escogido (el discípulo predilecto; el evangelista del amor que sintetiza los dualismos). En medio del desamor, la orfandad y el desposeimiento característicos del mundo de Pedro Páramo, «en el mundo de Juan se habrán superado en síntesis dinámica los opuestos, sin anularlos, y el centro estará regido por el espíritu y la solidaridad amorosa». Él y su madre reproducen el binomio evangélico madre-hijo que Jesús designa en el Calvario: «Mujer, he aquí a tu hijo (y al discípulo predilecto); he ahí a tu madre» (Jn 19, 26-27). Pasado el tiempo de Jesús, es ahora el tiempo de Juan.¹²

12. Cf. Yvette JIMÉNEZ DE BÁEZ, «Escisión y unidad. Pedro Páramo, Susana San Juan y Lord Dunsany», ponencia presentada en el XXVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, México, D.F., 22-26 de agosto de 1988.

El nombre de Juan Preciado alude también al origen otomí de las tierras de la provincia de Amula, génesis de Comala y de San Gabriel, el pueblo donde se crió Juan Rulfo, según la descripción que hiciera el alcalde mayor Francisco de Agüero en 1579, de acuerdo con el contenido de una instrucción que declararon los indios más antiguos del lugar:¹³

que antiguamente en su jentileza conosieron por señor según sus padres [...] a un señor llamado XIUTETEQUITE, que quiere decir *señor preciado* en lengua castellana; a, dominación de las piedras preziosas que ellos tenían en mucho que llamaban xiute, qu quiere dezir *presiado* y Tequtte, de manera que se entiende por *señor presiado*, y que a este señor tributaban y serbían por señor.

La elección de Juan para instaurar un nuevo centro, y con él un nuevo orden social y cultural, permitió pasar: de la muerte al amor solidario; de la criatura deseante («Macario», «Nos han dado la tierra» *Pedro Páramo*) a la criatura plena que anuncian (Juan, Susana San Juan, Dorotea); del despedazamiento a la integridad (de la tierra y de la Historia); de la desesperanza a la esperanza (la espera en el nuevo centro del Submundo).

13. Enrique TRUJILLO GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 103.